

lixena , Macaria ; de esposas que llevan su fidelidad al extremo de sacrificar la vida , como Evadne y en particular Alceste ; y trazando , en fin , en el *Oréste* , el cuadro de la ternura casi maternal de Electra por su hermano.

Aunque Eurípides abusase con sobrada frecuencia de los apotegmas y sentencias morales ; aunque sus héroes aparentasen á veces salir con el ingenio aguzado de las lecciones de Anaxágoras ó de las sábias conferencias de Sócrates , puede decirse por punto general que alterando así los caracteres antiguos estaba Eurípides en su derecho , ya que sus antecesores Sófocles y Esquilo hicieron lo mismo sin escrúpulo en pro de sus composiciones. Solo debe vituperarse á Eurípides por haberles rejuvenecido y civilizado con exceso , no á todos , sino á un gran número , empezando por Hipólito y Aquiles. Aunque sus héroes pronuncian á veces palabras malsonantes , no es justo atribuirle todo lo que les hace proferir la pasión ó la ira , y suscitarle un proceso , como aquel contemporáneo que le hizo comparecer ante el tribunal porque Hipólito habia dicho : « La lengua ha jurado , pero el alma no (1). » A entenderlo de otra manera , no fueran menos reprehensibles Esquilo y Sófocles. Las ligerezas de Jocasta , por ejemplo , hubieran hecho recaer la nota de impío en el piadoso autor de *Edipo Rey* y de *Edipo en Colona*. Por mas que diga W. Schlegel , Eurípides tenia razon en sostener que , con tal que un personaje sufriera al fin el castigo de sus maldades , el poeta tenia derecho á pintarle vicioso y vil , y poner en su boca palabras abominables. Por otra parte , no nos agrada mucho que Eurípides fuese demasiado acreedor al elogio que

(1) Eurípides, *Hipólito*, v. 642.

le tributa Quintiliano cuando dice que de todos los trágicos , ninguno hay cuyo estudio sea mas útil que el suyo á los oradores en ciernes. Sus personajes discuten á veces y peroran á lo abogadillo , y complaciéndose en hacer alarde de su facundia , se olvidan de que están en escena y no en un palenque de oratoria.

Patético de Eurípides.

Verdad es que Quintiliano corrige de su elogio lo que pudiera rebajar á Eurípides , indicando las grandes y preciosas cualidades que igualaron al poeta con Sófocles y Esquilo : « Es admirable en la expresion de todos los afectos del ánimo , y en particular de los que origina la compasión ; en esto no tiene rival. » Aunque Eurípides tuviese mas defectos de los que ha descubierto el lente de los críticos , y mas de los que su imaginacion ha inventado , no por eso descenderia del puesto en que le ha colocado la admiracion de los siglos. Es el pintor de las pasiones humanas ; es el hombre que mas ha sondeado los abismos de nuestro ser. No es el heraldo de la virtud , y tiende á conmover y dominar los ánimos , mucho mas tal vez que á purificarlos é instruirlos. Nadie ha presentado en escena con rasgos mas vivos y penetrantes , las seducciones del deseo , la perturbacion de los sentidos , la resignacion , la abnegacion , los delirios de felicidad seguidos del arrepentimiento y de la desesperacion , y como dice Longino , la espantosa imágen de la razon abatida y anonadada por la desgracia. No le comparemos con Sófocles , ni aun menos con Esquilo ; apreciémosle en sí mismo. Ni Esquilo ni Sófocles describieron nunca las dolorosas llagas del corazon , que son

el tema ordinario de las composiciones de Eurípides. Confesemos que este trágico no posee el profundo entusiasmo de Esquilo, ni la serena majestad de Sófocles, y que les es inferior á entrambos en las partes mas nobles del arte; pero reclamemos para él la honra de haber mostrado al hombre á sí mismo, sobresaliendo en pintar maravillosos cuadros patéticos y llenos de verdad, de un modo que á nadie antes de él se le habia ocurrido, y cuyo secreto nadie descubrió despues entre los antiguos. Aristóteles, que le dirige tantos cargos mas ó menos fundados, no llega empero á negar el poder de su ingenio, y proclama resueltamente á Eurípides el poeta mas trágico de todos. Ese es el juicio mas exacto y sensato que nunca se ha hecho de Eurípides; á él nos atenemos, y quisiéramos alcanzar la satisfaccion de manifestar las razones en que se apoya.

Poco nos importa que, harto desconfiado el gran poeta del poder de las palabras, recurriese de vez en cuando al guardarropa del teatro de Baco, para hacer entrar por los ojos la compasion en los ánimos. Los reyes que presentaba cubiertos de harapos, y que tendian la mano como mendigos, no eran ciertamente pordioseros descarados, por mas que dijese los cómicos, y se expresaban en un lenguaje decoroso y digno. En una de las piezas de Eurípides, hoy perdida, y en algunos de aquellos papeles tan denigrados por Aristófanes pensaba Horacio cuando escribia: «Telefo y Peleo, ambos pobres y proscritos, desechan las frases ampulosas y las palabras de á cuarta, si quieren conmovier con sus lamentos (1).» Concebimos que unos héroes de tal suerte disfrazados escandalizasen á los ancianos atenienses,

(1) *Arte poética*, v. 96 y sig.

restos heroicos de los combates de Maraton y Salamina; pero nosotros, que hemos visto y tolerado en escena todos los adefesios físicos y todas las monstruosidades morales, ¿seremos mas severos con un poeta que murió há veintidos siglos de lo que lo fueron en definitiva sus delicados y descontentadizos contemporáneos? Los atenienses le perdonaron al cabo sus ideas, á las que se acostumbraron completamente, y no creyeron que por tan poca cosa valiese la pena de entregar á Eurípides á los dioses infernales ó darle á beber la cicuta.

En todo lo que precede, apenas hemos hecho mas que resumir los caracteres generales de las tragedias de Eurípides. Apresurémonos á añadir que algunas son verdaderas obras maestras, casi enteramente exentas de los defectos habituales del poeta, en las cuales resplandecen con todo su brillo las virtudes que le son propias. *Medea*, y sobre todo las *Bacantes* é *Ifigenia en Aulis*, son una buena prueba de lo que aseveramos. Estas bellas composiciones no tienen mucho que envidiar, por la concepcion del conjunto, por la disposicion de las partes, por el continente de los principales personajes, ni por la unidad y fuerza del interés, á las mas raras maravillas del teatro antiguo; pero no las inflama el estro lírico, y en ellas la vida heroica toma visos de vida comun. A ellas se aplican tambien las siguientes palabras, atribuidas á Sófocles: «Eurípides pintó á los hombres tales como son.»

Estilo de Eurípides.

El estilo de Eurípides en el diálogo no se diferencia propiamente de la prosa sino por la eleccion exquisita y colocacion de las palabras, y por sus combinaciones métricas.

Sin embargo, dicen que le costaba sumo trabajo componer aquellos versos que nos parecen tan fáciles. Una vez aseguró él mismo que tres versos le habian costado tres dias de trabajo; pero ¿qué le hace? aquí para nada se cuenta el tiempo. Lo cierto es que el estilo de Eurípides merece nuestra admiracion por algunas de las mas raras cualidades que pueden desearse en un escritor. Elegante, claro, armonioso, siempre fluido y flexible, préstase este estilo á todas las exigencias del pensamiento, alcanzando é iluminando, por decirlo así, las mas fugaces gradaciones. «Eurípides, dice Barthélemy ateniéndose á los antiguos, no conservó casi ninguna de las expresiones especialmente consagradas á la poesía; pero supo elegir y emplear con tanto acierto las del lenguaje ordinario, que bajo su ventajosa combinacion desaparece la nimiedad del pensamiento y se ennoblece la palabra mas comun.» Por eso la lectura de las tragedias de Eurípides no ofrece ninguna de las dificultades en que á cada paso se tropieza al través de la diction de Sófocles y especialmente de Esquilo. No sentimos que Esquilo y Sófocles sean lo que son; pero sentimos aun mucho menos que Eurípides sea Eurípides, y que no se pusiese á escribir, oponiéndose á la naturaleza, á imitacion de Sófocles ó Esquilo. Los cantos de sus coros están en el dialecto de la gran poesía lírica; pero en ellos se halla Eurípides todavía: si la inspiracion es mas elevada, si el tono es mas poético, si la frase toma un giro mas sonoro y majestuoso, trasparéntase el pensamiento en las palabras, casi tan claro y comprensible como en el diálogo. Los poetas de la Comedia nueva no se ensañaron, como los de la antigua, contra los vicios reales ó supuestos del estilo de Eurípides. Menandro, por

ejemplo, profesaba al poeta una admiracion ilimitada. «Tómole por modelo, dice Quintiliano, á pesar de la diferencia de género.» En efecto, el estilo de Eurípides, sus formas poéticas y hasta su diction campean en lo que nos resta de las obras de Menandro y sus émulos.

Entusiasmo de los antiguos por Eurípides.

Terminaremos este capítulo con algunas anécdotas que darán una idea de la extraordinaria fama de Eurípides durante su vida y despues de su muerte, y de los maravillosos efectos de sus poesías, no solo en el ánimo de los atenienses, sino en el de todos los pueblos griegos y de los bárbaros grecizados.

Los soldados del ejército de Nicias que los sicilianos habian hecho prisioneros, fueron encerrados en las canteras, ó vendidos como esclavos; pero muchos de ellos debieron la vida y la libertad á los versos de Eurípides. «Parece, dice Plutarco en la *Vida de Nicias*, que entre los griegos del exterior los de Sicilia eran los que mas prendados estaban de las poesías de Eurípides. Siempre que los viajeros les llevaban fragmentos de ellas y les hacian saborear algunos ensayos, aprendíanlos de memoria y trasmitianselos con amor unos á otros. Dicese pues que entonces muchos de los que regresaron salvos y sanos fueron, al restituirse á su patria, á saludar á Eurípides con agradecimiento, refiriéndole: unos, que habian sido manumitidos por haber enseñado á sus amos lo que de sus poemas conservaban en la memoria; y otros, que andando errantes despues de la refriega habian hallado quien les diese de comer y beber por haber cantado sus versos.» Cuenta tambien Plutarco que

un bajel de Caunus en Caria, perseguido por unos corsarios, al cual se habia negado primero la entrada en un puerto de Sicilia, fué admitido cuando, preguntados los que le tripulaban si sabian algun canto de Eurípides, contestaron á satisfaccion de los sicilianos.

La *Electra* dista mucho de ser la mejor pieza de Eurípides. La fábula es romancesca é inverosímil, los caracteres carecen de dignidad, y el diálogo raya á veces casi en lo cómico, y en parodia. Así es que el modo mas ó menos acertado con que Esquilo preparó en las *Coéforas* el reconocimiento de Oréstes y su hermana, es indirectamente el objeto en la *Electra* de Eurípides, de una crítica viva é ingeniosa, si bien algo exagerada, la cual no está muy en su lugar. Así y todo, esta mediana tragedia es todavía una tragedia de Eurípides: es patética, tiene movimiento é interés; los atenienses no fueron con ella tan duros como los críticos modernos: todo lo disimulaban, con tal que les arrancase lágrimas. Después de la toma de Atenas por Lisandro, hablóse entre los vencedores de arrasar la ciudad y de reducir á sus habitantes á la servidumbre. «La reunion, dice Plutarco en la *Vida de Lisandro*, fué seguida de un festín á que asistieron todos los generales, y durante el cual cantó un focense aquellos versos del primer coro de la *Electra* de Eurípides: *Oh hija de Agamenon, he venido á tu rústica morada...* En tal momento, enternecieronse todos los circunstantes y vieron lo horrible que sería destruir una ciudad tan célebre, que habia sido cuna de tan grandes hombres.»

Los Arsácidas, aunque fuesen partos, vinculaban su vanidad en seguir los ejemplos de los reyes descendientes de

los sucesores de Alejandro. Tenian actores griegos en su córte y cifraban su delicia en las tragedias de Eurípides. El dia en que presentaron á Héródes la cabeza de Craso, representábanse delante de él las *Bacantes*. El actor Jason de Tralles cogió aquel repugnante despojo, y cual la bacante que lleva la cabeza de Penteo, cantó con frenético entusiasmo: «Traemos de los montes este ciervo que acaba de ser muerto; vamos al palacio; alegraos de nuestra caza (1).»

Mófase Luciano en algunos pasajes de la que él denomina euripidomanía, y de ella acusa al filósofo Menipo, á Júpiter, señor de los dioses, y primero á sí mismo; y hasta refiere con bastante formalidad un ridículo hecho acontecido segun dice en tiempo de Lisímaco (2). Un artista de talento habia representado en Abdera la *Andrómeda* de Eurípides, tragedia que ya no existe. Desde entonces, y durante algunos meses, hasta que llegó el invierno, los abderitanos andaban por la ciudad gesticulando como el artista cuyo entusiasmo les fascinara la imaginacion, y declamando á competencia: «¡Oh amor, tirano de los hombres y de los dioses!»

W. Schlegel, que casi agotó contra Eurípides todos los dardos de una crítica tan sábia como cáustica y apasionada, vióse obligado á conceder tambien que ningun poeta estuvo dotado de un ingenio mas fecundo en recursos, ni mas diestro en los ejercicios intelectuales, ni mas distinguido por una infinidad de amables y brillantes prendas; hacien-

(1) *Bacantes*, v. 1168. El texto de Plutarco, en la *Vida de Craso*, discrepa ligeramente del de las ediciones de Eurípides.

(2) Al principio del tratado de la *Manera de escribir la Historia*.

do justicia á la dichosa facilidad y al seductor atractivo que nunca abandonaron á Eurípides, ni siquiera en sus mas censurables extravíos.

CAPÍTULO XXI.

Decadencia de la Tragedia.

POETAS TRÁGICOS DEL SIGLO V CUYAS OBRAS SE HAN PERDIDO.—POETAS TRÁGICOS DEL SIGLO IV.

Poetas trágicos del siglo V cuyas obras se han perdido.

De las primeras obras dramáticas de Esquilo á las representaciones del *Edipo en Colona*, de la *Ifigenia en Aulis* y de las *Bacantes*, hay un siglo de distancia. ¡Cuántos poetas triunfarian durante aquellos cien años en el concurso de las tragedias nuevas! ¡Cuántos tambien tentarian la suerte literaria, sin alcanzar nunca el premio, sin llegar siquiera á recibir un coro del arconte epónimo! Apenas han sobrevivido los nombres de algunos, y de tantas obras, mas ó menos considerables, solo quedan informes restos. Sin embargo, despues de Esquilo, Sófocles y Eurípides, merecieron figurar dos poetas en el cánon alejandrino, nombre que lleva la lista de autores clásicos formada por Aristarco y Aristófanos de Bizancio. Estos dos poetas trágicos, hoy desconocidos, Ion y Aqueo, disputaron muchas veces el premio de la tragedia á Sófocles y Eurípides, y á otros contemporáneos.

Ion era de Chios, pero pasó casi toda su vida en Atenas. Obtuvo bastantes triunfos en el teatro, y fué amigo de Sófocles, al par que su émulo á veces afortunado. Tomaba de

las epopeyas de Homero casi todos los argumentos de sus composiciones dramáticas, obrando así como bueno y digno compatriota con el varon que los moradores de Chios reclamaban en todo tiempo por conciudadano suyo. A lo que parece, las obras de Ion carecian de calor y vida: eran poemas cuyo principal mérito consistia en una entendida disposicion, y, segun podemos juzgarlo todavia, en un estilo templadamente florido, no sin elegancia y gracia. Ion no era solamente poeta dramático: tambien escribió elegías, cantos líricos, y hasta una obra histórica en prosa jónica, en la cual recopiló curiosos pormenores sobre las aventuras y la vida pública y privada de varios personajes de la época, y de Sófocles mismo.

Aqueo era de Arelia. Solo una vez obtuvo el premio; pero pasa por haber sobresalido en el drama satírico, sino del todo en la tragedia: reputábasele como al autor mas perfecto en este género despues de Esquilo. El estilo de Aqueo era á veces en sus tragedias algo oscuro y violento; y sus combinaciones de fábulas mitológicas, á juzgar por los mismos fragmentos de sus piezas, eran mucho mas extrañas aun, relativamente á nuestras ideas habituales, que las invenciones tan reprochadas á Eurípides.

Agaton de Atenas, no incluido en la lista de los alejandrinos, fué sin embargo un poeta dramático de verdadera valía, y tal vez superior á los dos que acabamos de citar. Es probable que la afectacion de su estilo le desconceptuase en el ánimo de aquellos críticos, mucho mas atentos á la expresion del pensamiento que á la inventiva que sabe crear nuevas obras. Agaton dió su primera pieza al teatro en el año 416, en su juventud, y murió en Macedonia por los de